Estas palabras fueron pronunciadas para presentar el libro *Educar con Sentido. Apuntes sobre el Aprendizaje.* El mismo se dirige a un claro universo de interlocutores: el de las educadoras y educadores que trabajan en la enseñanza media y universitaria. ¿Su tema? El sentido de la práctica educativa en tanto espacio de encuentro e intercambio de conocimientos y experiencias, sobre la base de la confianza y el respeto indispensables para hacer posible el proceso de apropiación de los recursos para ser, para crearse. Una práctica concebida, fundamentalmente, como un lugar privilegiado para la relación entre seres humanos.

ES IMPOSIBLE APRENDER DE ALGUIEN EN QUIEN NO SE CREE [1]

Es la hora sagrada del retorno.
Miguel Hernández

Este libro nació del retorno. Luego de una vida signada por los aeropuertos y la multiplicación de rostros y horizontes pude quedarme, en marzo y abril del año pasado, dos meses en mi ciudad. Fue Oscar Salomone quien, en un gesto que no olvidaré nunca, me invitó a colaborar con nuestra universidad.

Marzo y abril vienen con el otoño a cuestas, el primero que pasé luego de 18 años. Recuerdo, y lo revivo en estos días, el crujido de las hojas, la infinita variedad de tonos en torno al amarillo y al ocre. Recuerdo una semana de fríos anticipados que me sirvieron de excusa para justificar una gripe absolutamente psicológica, producto de tanto encuentro y de tanta emoción. En Ecuador, al aludir a dolencias de ese tipo, se dice "está psicoseado el hombre". Recuerdo los atracones de melón y de sandía alternados con duraznos y peras. Recuerdo el cariño con que fui recibido por seres con los cuales me unieron y me unen viejos sueños, y por otros con los que no me había cruzado nunca. Fueron unos 60 días vividos con una intensidad sin márgenes. Cuando volví a Costa Rica, en mayo de ese año, encontré por primera vez descolorido el trópico.

Fue a mitad de esa experiencia que comencé a imaginar este libro. Hablé entonces con Oscar y le pregunté cómo era el estilo de una obra en nuestra universidad. "Vos escribí como has escrito siempre", me dijo. Y así lo hice. Trabajé los últimos 15 días de abril, por las noches, entre conferencias, reuniones, documentos y diseño de proyectos. Escribí el original de un solo tirón y lo terminé pocas horas antes de subir al avión.

Siempre me he preguntado para quién escribo. Un autor que no habla con su destinatario es un fatuo, un pobre Narciso empecinado en mirarse en el espejo de su discurso. Escribo porque si dejo de hacerlo me muero. Cada libro me alarga la existencia. Tengo proyectado, de obra en obra, vivir hasta el año 2050. Después veremos.

Siempre me he preguntado para quién escribo. Pero nunca había tenido tan claro el universo de mis interlocutores. El libro nacía dirigido a los educadores de nuestra universidad y a los de enseñanza media. Había convivido con muchos de ellos en esos días y quería retribuir tanto cariño, tanto respeto por alguien que apenas si comenzaba a recuperar, de balbuceo en balbuceo, sus espacios queridos.

La introducción de un texto, es cosa sabida, se escribe al final, cuando ha nacido la última página. Esa vez falté a las reglas. Comencé por el principio, para no defraudar a papá Aristóteles. Y así nacieron estás líneas:

Esta obra gira en torno al sentido de la práctica educativa.

Esta obra gira en torno al sentido de la práctica educativa, entendida como una relación entre seres humanos en la cual entran en juego algunos conceptos básicos y distintas formas de *hacer*.

Esta obra no se dedicará a criticar las prácticas educativas actuales.

Primero, porque es muy difícil construir sobre escombros, y a menudo los análisis pretenden dejar el campo arrasado.

Segundo, porque nadie está totalmente equivocado, ni nadie tiene toda la verdad.

Tercero, porque detrás de las aplanadoras críticas se agita siempre el fantasma de la descalificación, y no puede esperarse mucho de alguien a quien, luego de haberle descalificado a hachazos teórico-metodológicos su hacer y su sentido, se le ofrecen caminos en los cuales campea la incertidumbre; nada se construye sobre la descalificación, sólo falsos cimientos.

Cuarto, porque en el terreno de la práctica educativa vale más una pequeña certidumbre que una catedral de incertidumbres.

Quinto, porque se aprende siempre de lo cercano a lo lejano, y lo cercano, para un educador, es su experiencia, su vida, su manera de relacionarse con los demás y consigo mismo. No puedo pedirle a alguien que aprenda, que se interese por algún sistema nuevo, si, a conciencia o sin ella, le he golpeado la cara, le he humillado sus percepciones y sus modos de salvar la tarea.

Esta obra, en vez de criticar las prácticas educativas actuales, ofrecerá algunos conceptos y modos de hacer de la manera más libre posible, para que cada quien los tome o los deje según sus percepciones, sus necesidades y su parecer.

Esta obra gira en torno al sentido de la práctica educativa, y para ello parte de un primer, radical compromiso del autor: no imponer un sentido despedazando el ajeno.

El título vino luego de esas líneas. Ahora entiendo por qué. Estaba en juego para mí el sentido, nada menos que *mi sentido.*

En medio de tanta hermosa tensión, de tanto torrente de afectos, pude escribir con serenidad, pude orillar por momentos la poesía y pude, sobre todo, mantenerme fiel a las palabras de la introducción: no imponer nada, no descalificar, no proponer un sentido sobre las tripas del ajeno.

No por eso dejé de lado mis viejas y queridas obsesiones: si la pasión es la hoguera de la vida, no hay nada más triste que un educador desapasionado. Si nuestro instrumento de trabajo es el discurso, no hay nada más terrible que una práctica pedagógica en la cual se nieguen sus posibilidades, se reduzcan al mínimo, al borde del gesto congelado, de la mudez, las relaciones de comunicación. Si tenemos por tarea la promoción y el acompañamiento del aprendizaje, no hay nada más desgarrador que un sistema organizado para frustrar, entorpecer el proceso de apropiación de los recursos para ser, para crearse la propia existencia.

Pero la expresión de esas obsesiones, que han estallado con algo de violencia en otros escritos, aquí se dulcificó, asumió el tono de quien habla con seres queridos, a los cuales toca decirles poco y escucharlos mucho. Por eso pude escribir al final:

> Hasta aquí nuestro texto. Asumí un compromiso al comienzo, el de no invadir, el de no destruir con el propósito de construir desde mí, como si el otro no importara. Espero haberme atenido a él.
>
> Si tuviera que elegir una expresión que sintetizara toda esta obra, la retomaría de *El juego pedagógico*. Elimino el uso del condicional, retomo esa frase como síntesis de todo lo escrito:
>
> Es imposible aprender de alguien en quien no se cree.
>
> Es imposible avanzar en una transformación de nuestros espacios educativos descalificando hasta la raíz a quienes los sostienen con su diario trabajo. Los otros son siempre nuestra realidad y con ella trabajamos. Por eso estas páginas aspiran a acercar un puñado de conceptos y de experiencias a quienes puedan necesitar de ellos.
>
> Nada más.

No he sido un mal mendocino por el mundo. He promovido empecinadamente nuestros vinos, he convertido a varios tomadores de ron o de cerveza a nuestra bebida, he dicho una y otra vez que soy más mendocino que el Cerro de la Gloria, he trabajado sin estridencias, como corresponde a un provinciano andino que se precie de tal, he insistido en que tenemos un clima fabuloso, a pesar de sus ocho horrendos meses de frío y calor, aderezados por uno que otro Zonda; he hecho en reuniones de amigos latinoamericanos una descripción minuciosa de cada una

de las estrellas en las cuales estalla noche a noche nuestro cielo, he afirmado sin pestañear que cuando uno muerde la dulce pulpa de un durazno chato corre el riesgo de llorar una semana de la emoción y que no hay ninguna fruta del trópico que le llegue a los tobillos.

Este libro nació del retorno. Pero, sobre todo, nació del cariño y de la confianza con que fui recibido en ésta, mi tierra. Es la primera obra que escribo en ella luego de 18 años, durante los cuales he escrito hasta la desmesura, por aquello de alargarme la vida.

Este libro es un agradecimiento. A Oscar, a María Teresa, a Olga, a René, a todos ustedes, a Armando, que me ofreció el 23 de diciembre la Secretaría de Asuntos Académicos y me dejó sin dormir todo el mes de enero.

Por eso comencé estas palabras con una frase de Miguel Hernández: es la hora sagrada del retorno.

Agrego: es la hora sagrada de la confianza y de la amistad.

Gracias.

Daniel Prieto Castillo
Marzo de 1994

[1] Palabras pronunciadas en la presentación del libro *Educar con Sentido. Apuntes sobre el Aprendizaje.*